

Mosaico de lectores En los 80 años de Carlos Fuentes

12

EstePaís cultura

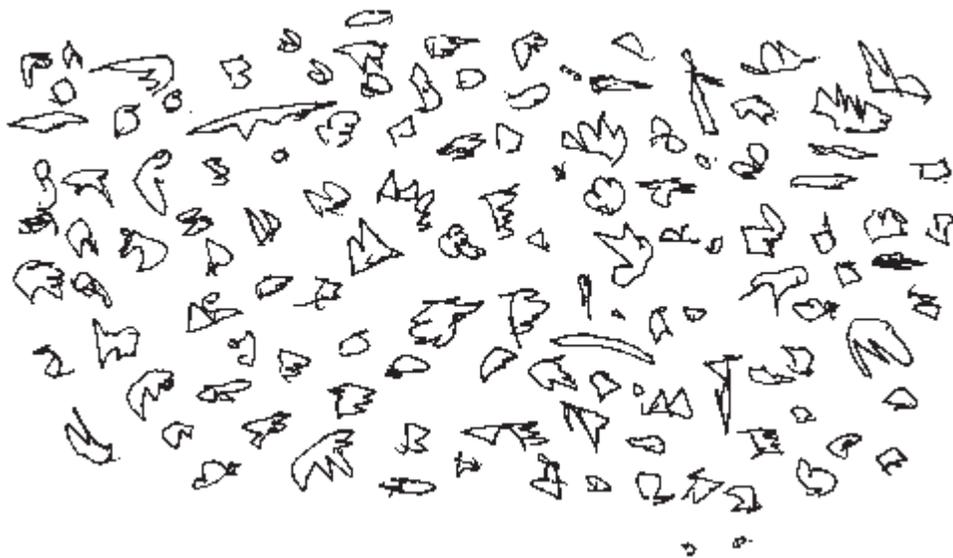
Se ha dicho ya que el valor de *La región más transparente* estriba en que desplaza las historias del campo a la ciudad y en que contiene certeras crónicas de los ambientes en el México de los años cincuenta. En realidad es mucho más. En *La región más transparente* los hechos aparecen como un alud de voces que se oponen a los discursos que presentan a la historia como un tejido fino, almidonado y blanqueado. Si algo cae rápido es la historia oficial: apenas se tira de un hilo, el sutil entramado resulta un burdo empalme de biografías autorizadas y estampas conmemorativas donde los retratados levantan la cabeza y posan para la posteridad. La novela de Fuentes, en cambio, nos presenta un caldo muy humano donde el poder y la historia se improvisan al calor de expectativas, resentimientos, azar y traiciones. Hace medio siglo ya palpitaban en estas páginas los debates que hoy siguen ocupando nuestra agenda nacional. Es más, hay párrafos que podrían sacarse de los diarios de pasado mañana. ~

Vicente Alfonso

Como el propio Carlos Fuentes ha dicho, una de las prioridades de su obra novelística es hacer el ensamble coral de los que no tienen voz. En *La muerte de Artemio Cruz* deja en claro que la polifonía no tiene por qué ser un asunto por fuerza colectivo. Poderoso económica y políticamente, Artemio Cruz se revela en las páginas de esta novela como un personaje profundamente humano en sus contradicciones.

Moribundo que se desdobra en el momento de hacer el balance final, Artemio Cruz es narrado gracias a una compleja estructura que intercala fragmentos destinados a alguna de las tres personas del discurso gramatical: *yo, tú, él*. La novela juega también con el tiempo para situarnos en los instantes decisivos de la vida del personaje, momentos que en su mayoría coinciden con las encrucijadas de nuestra historia. Así, Fuentes nos hace recordar que en el pulso de cada uno de nosotros están cifrados, en diálogo constante, el pasado y el porvenir de todos. ~

Geney Beltrán Félix



Cautivado por la idea de ordenar alfabéticamente sus inquietudes, Carlos Fuentes escribió *En esto creo* (Seix Barral, 2002), un ideario que revela sus afectos y que aprovecha el modelo del diccionario como vehículo de la memoria. Incluye textos en los que busca la expresión de un universo interior, en los que se revelan las claves que determinan su obra; estas voces constituyen un recuento de su vida, una acumulación de instantes. Fuentes concibió esos breves ensayos bajo el imperativo de la autobiografía, entendida como el inventario de sus lecturas y como el testimonio de las transformaciones culturales del siglo XX.

Las intersecciones e interconexiones de su obra aparecen condensadas en su diccionario personal. *En esto creo* funciona como un breviario de “La edad del tiempo” —rubro bajo el que el escritor reordenó sus libros— porque resulta cifra y compendio de sus obsesiones. Bajo la benévola sombra de Voltaire —pionero en el género con su *Diccionario filosófico*—, Fuentes traza un mapa de su itinerario; en su autfiguración es sobre todo un lector. *En esto creo* —escrito por encargo de la editorial francesa Grasset— brinda una perspectiva de su trabajo a través de las páginas de otros. “Creo en Balzac. Junto con Cervantes y Faulkner, es el novelista que más me ha influido”, escribe en la entrada dedicada al autor de las *Ilusiones perdidas*. En “Novela” reflexiona sobre la posibilidad de una imaginación verbal propuesta como realidad; “Faulkner” es un repaso de la escisión de Yoknapatawpha, subsanada por la unidad de todos los tiempos en el presente narrativo; “Kafka” es la descripción del hombre que dio un perfil de los horrores del poder en el siglo XX; “Quijote” contiene el retrato de un Cervantes que origina el desplazamiento de los géneros y “Shakespeare” es el esbozo de un Hamlet que “actúa y representa porque recuerda”. ~

Alejandro García Abreu

El latido de América Latina encarna, con su complejidad y riqueza, contradicciones y decadencias, retos y problemas irresolubles, en los escritos de Carlos Fuentes. Hablo de un escritor que trasciende la categoría de “novelista” para insertarse y vivir en el pensamiento americano, inteligencia que no cesa de preocuparse por pensar su tierra hecha sangre y cultura, para proponerle orden y sentido a través de las letras. Carlos Fuentes, hijo de Cervantes, es un pensador moderno, de ahí que señale que si Latinoamérica no camina por el rumbo donde crecen por igual democracia, desarrollo y justicia, el continente está destinado al colapso social y ecológico. Llamado enérgico a la imaginación y al amor, para que hombres y mujeres americanos, y del planeta entero, encuentren la única forma para el mantenimiento de la vida en la Tierra. Falta preguntar, ante los abrumadores hechos actuales, si no es ya demasiado tarde y sólo estamos, como este escritor vaticinó, ante el fin del mundo. ~

Pablo King



Carlos Fuentes no es sólo un gran escritor, dueño de una obra prolífica y diversa, intensa. Es un pensador. Uno de esos pensadores que solemos recordar cuando las cosas están frente a uno y ya habían sido descritas o adivinadas. Cuando las noticias aclaran con estadísticas lo que el escritor había señalado en lo que la literatura tiene de alarmante o extremista o malpensada; o cierta.

Es también un preceptor. Las narrativas contemporáneas en México tienen un aire de familia con algunos asuntos que en Fuentes eran ya innovadores: los cambios de tercera a segunda persona; los tiempos narrativos entremezclados; la sucesión espacio-temporal puesta en capas; técnicas de búsqueda por supuesto pero también técnicas de investigación, de investigación sonora —la búsqueda de la voz narrativa será una de las tantas enseñanzas de Fuentes. Los motivos, sabemos, son variados: un México sumido en el conflicto del mestizaje, nostálgico por los reinos perdidos ante la debacle inevitable, el despido del mundo anterior y la renuente aceptación del nuevo; el México cosmopolita, políglota, correctamente vestido; un caballero apropiado en las formas pero bárbaro en la penumbra de lo que no olvida. La idea de un México metido en sí mismo y el México que se halla en el extranjero: no tiene que guardar relación con una congruencia en particular, más bien el encanto radica en que todos esos Méxicos narrables son verdaderos porque son de la escritura y del sonido, de la voz narrativa; la invención es pues un cauce de voces, las del pasado y del porvenir, haciendo una de las obras monumentales de la literatura mexicana del siglo XX y de este siglo. Su etiqueta no es la brevedad sino la búsqueda, es ahí adonde vamos, a los múltiples tipos de voces empleadas, a los tantos tiempos y atmósferas recreados. Algunos quedan en la memoria todavía, un aire de penumbra recorre la casa de Aura, conocemos el se-

creto hasta el final pero el misterio no se resuelve. La Revolución Mexicana es, entre otras cosas, Artemio Cruz, y su muerte no tiene el romanticismo de ser simbólica. La obra está ahí: con altibajos, plena, madura, y sólida. El cine, la política, la historia, la pintura son algunas de sus variaciones, pero el tema es la búsqueda... Algunos escritores pueden correr riesgos: buscar y perderse, encontrarse es también uno de ellos. Un país es un lugar para perderse, un lugar para ser otro, para decir de cierta manera con un acento en particular los objetos y los nombres; un país se inventa, se trae, y se lleva. Pocos son aquellos que en su obra condensan ese país: el que suena, el que vocifera histérico a las tres de la tarde y habla del desierto, de la frontera, de un bar en Acapulco, del centro mismo de una ciudad que dejó sus transparencias al buen resguardo del progreso. También hay un país tímido. Que no quiere pedir y que no merece su clase política. Un país que ama, pese a todo, su propia contradicción: su naturaleza es negarse. Fuentes vive entre dos siglos, tan dialécticos como menoscabados: pero su trabajo no se rompe, se continúa, se deja llevar por el lazo imperceptible de su propia terquedad y aliento. ~

Brenda Ríos



BECARIOS DE LA FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS

Carlos Fuentes es mejor identificado como novelista e intelectual —vaporosa etiqueta— que como cuentista. Me parece que, no sólo en relación con el conjunto de su obra, sus relatos no suelen alcanzar el mismo reconocimiento que el que gozan los de sus compañeros del *boom* latinoamericano: Cortázar, García Márquez e incluso Vargas Llosa. Si bien es comprensible que obras como *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz* eclipsen la notoriedad de los cuentos de Carlos Fuentes, este descuido crítico resulta por completo injusto. Fuentes es un extraordinario constructor de esas infalibles maquinarias narrativas que son los cuentos —y así lo demostró desde su primer libro, *Los días enmascarados*. Recuerdo con especial aprecio el cuento fantástico “Chac Mool”, en el que un orden secreto se va infiltrando de forma implacable y terrible en la costra de la cotidianidad. ~

Romeo Tello A.

Para hablar de Carlos Fuentes me gustaría hacerlo en segunda persona. Seguramente no alcanzaré su genio, pero intentaré, como homenaje, acercarme a él desde esta forma que, creo, maneja mejor que ningún otro:

Abres la revista y encuentras unos pequeños párrafos que llaman tu atención. Hablan sobre Carlos Fuentes, sobre este escritor del que sabes ya que nació en Panamá, que estudió historia y geografía de México mientras vivía en Santiago de Chile y Buenos Aires, que a los dieciséis años llegó a México para estudiar periodismo y después leyes. Lees que posteriormente se fue a Europa para estudiar Derecho Internacional. Esto ya también lo sabes.

Te preguntas si este texto se concentrará en hablar de su currículum una vez más o si en algún momento la autora escribirá algo sobre su impresión ante la obra de Fuentes. El currículum es extensísimo, la autora continúa: en 1954 publica sus primeros cuentos, titulados *Los días enmascarados*; en 1958 publica *La región más transparente*; en 1962 publica *Aura*. En esta parte te detienes. Piensas que ahora sí viene su punto de vista, va a hablarte sobre *Aura*. Y lees: *Aura* es considerada como una de sus más importantes obras y una de las mejores de la narrativa mexicana del siglo XX.

Yo leí *Aura* a los quince o dieciséis años, la releí algunos años después y no sólo me deleité con la narración, con los personajes y su misticismo. Me atrapó la facilidad con la que Fuentes sitúa a estos personajes en diferentes tiempos, y cómo juega con el lenguaje narrativo. Terminas de leer. Estás o no de acuerdo, eso aún no lo decides. Sólo es el punto de vista de la autora de este pequeño texto. ~

Montserrat Varela

La fascinación que la Historia ejerce sobre Carlos Fuentes tiene origen en el interés por entender las relaciones que se establecen entre los hombres: paradójicamente iguales y distintos, marcados por hechos, tiempos y realidades únicas, están —como afirmó Goethe— condenados siempre a parecerse a sí mismos. Esta búsqueda, presente también en su narrativa, hace que Fuentes se deslice por los meandros de las pasiones humanas, en las que encuentra el principio de toda iniciativa y de toda apatía.

En *El espejo enterrado*, la Historia se hilvana a partir de diadas fundamentales: el cielo y el infierno, lo masculino y lo femenino, la luz y la oscuridad. La sutil ligazón de estos opuestos nos conduce, a través de un entramado de preguntas en las que resuena la incoherencia de la historia contemporánea de Occidente, a un punto donde se anhela que pasado y presente fluyan en un recorrido sin rupturas. ~

Paola Velasco